



La Novela Grafica

25 ct.s
Nº 24

LA PRIMERA ACTRIZ

por Mildred Harris

LYONS, Glenn

LA PRIMERA ACTRIZ

(The first woman, 1922)

Adaptación literaria de la comedia
americana de igual título

Creación de

Mildred Harris



Exclusiva :

Programa Verdaguer

BARCELONA

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 24

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla del Centro, 80, 1.^o
Teléf. 4656 A.—BARCELONA



Talleres Gráficos propios
Bou de San Pedro, núm. 9
Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Correspondentes: En todas las poblaciones de España y América

La primera actriz

I

EL director artístico del Teatro Imperial de Nueva York, Jim Hood, estaba aquella tarde atareadísimo. Su despacho era una especie de bolsa de cotización de éxitos y de exclusivas por el que tenían forzosamente que pasar todos los autores y actores que aspiraran al triunfo.

La principal preocupación de aquel día embargaba la atención de Jim, era la "mise en scène" de la última producción dramática de Pablo Marsh, el autor de moda, aclamado por

todos los públicos por su talento creador y su verbo cálido, dúctil y elegante. El hecho de que Marsh le hubiese confiado aquella delicada tarea representaba para Hood un formidable triunfo cuyo valor no desconocía. Ahora creía haber descubierto la "vedette" que crearía el papel de la protagonista y esperaba la llegada de Marsh para comunicarle la buena nueva.

En efecto, a las cinco y media, exacto como un cronómetro, penetró en el despacho de Jim Hood.

—Buenas tardes, querido director—dijo afablemente Marsh. —¿Terminó usted de estudiar todos aquellos papeles?

—Terminé—repuso sonriendo Hood—, y sentí que no se hallase usted presente para felicitarle. Se trata de una producción magnífica y creo que a poco que acertemos presentación e intérpretes, se va a hacer vieja en el cartel.

—Eso creo yo. ¿Y qué, ha pensado usted algo respecto a los principales papeles? La protagonista es muy difícil de interpretar y no se me ocurre de momento quién pueda desempeñarlo...

—Ya la tengo—exclamó triunfante Hood, que sólo esperaba que Pablo le hiciera aquella pregunta.

—¿Quién es?

—Billie Mayo.

Pablo Marsh se recostó en su butaca y cerró

un momento los ojos como si hubiese de hacer un esfuerzo de imaginación.

—¿Billie Mayo? —preguntó después de reflexionar unos instantes—. No recuerdo este nombre... ¿Qué obras ha interpretado?

—Usted debe recordarla—murmuró Jim—, es aquella muchacha que el año pasado se presentó en el "Varietés" con un pijama rosa...

Pablo Marsh se dejó caer sobre su asiento, riendo a carcajada suelta.

—¡Ah! ¡Ya sé de quién se trata! ¡Aquella bailarina que inventó la danza del caracol!

—La misma. Es una verdadera preciosidad.

—Veo que no me ha comprendido usted, querido Jim—exclamó el joven autor recordando su primitiva gravedad—. Yo no he intercalado en mi drama ninguna danza del cocodrilo...

—Usted tampoco me comprende—insistió Jim, adoptando un tono persuasivo—. Es una muchacha admirable, de gran talento y cuyo espíritu de asimilación es extraordinario...

—Para crear danzas zoológicas, no lo dudo. Para interpretar la "Condesa" de mi drama, ya es harina de otro costal.

—Es que Billie quiere cultivar ahora el género serio, Pablo... y no lo dude usted, tiene grandes facultades...

—No lo dudo. Se necesitan grandes facultades para presentarse ante el público con un pijama rosa, ciertamente... Pero no es eso. In-

tentar que el papel principal de mi obra lo interprete una corista del "Varietés", me parece un despropósito indigno de su talento. En fin, no hay prisa. Volveré cualquier otro rato, a ver si me propone usted alguna primera actriz que no prevenga del music-hall... ¡Hasta la vista, señor Jim!

—Está bien, está bien—contestó el director artístico del Teatro Imperial—, ya se convencerá usted con el tiempo de que anda muy equivocado...

Y saludó ceremoniosamente a Pablo Marsh, que salió del despacho del director visiblemente contrariado.



La desconocida se arrojó a los pies del dueño de la finca.

II

EN el reloj ancestral que ocupaba uno de los testeros del corredor, tocaron las nueve de la noche.

—Bueno—dijo Pablo Marsh—. Ya hemos cenado. Esta noche podríamos ir a alguna parte, ¿verdad, Elsa?

—Eso, como quiera Jack—repuso la interpelada.

—¿Qué le parece, Pablo? Yo sería partidario de que nos quedáramos en casa... Además, me parece que su hermana está algo fatigada...

Marsh cenaba casi siempre con su hermana y con Jack Gordon, el prometido de ésta. Sacó la pitillera, encendió un pitillo y, después de echar una bocanada de humo, contestó:

—Si no queréis salir, yo voy a trabajar un poco...

Se detuvo y alargó un poco la cabeza, como si escuchara algo. Su frente se arrugó y sus ojos fijáronse en la ventana que daba al jardín.

—Juraría que ha entrado alguien—exclamó.

—Será la muchacha—observó Elsa.

—No. La muchacha no es. Conozco sus pisadas perfectamente... ¡Oh, sí! ¡Estoy seguro! ¡En el salón hay alguien!

Marsh no era hombre a quien intimidara el

mayor peligro. Antes de conquistar la elevada posición a que había llegado después de un extraordinario esfuerzo de inteligencia y de voluntad, su vida había sido un mosaico de aventuras de todo género y se había familiarizado con todas las eventualidades, fuesen las que fuesen.

—¡Voy al salón a ver qué pasa!—dijo resueltamente.

—A lo mejor—observó Jack—, es algún grato vecino que ha penetrado en casa.

—No es ningún gato—afirmó Pablo—. Pero... ¿qué es eso? ¡Lo repito! ¡No es ningún gato! ¡Los gatos no tocan el violín!

Y sin añadir una palabra ni adoptar la menor precaución, el joven dramaturgo atravesó el pasillo que unía el salón con el comedor, seguido de Jack y de Elsa, que reflejaban en sus semblantes la mayor de las sorpresas.

—¿Eh? ¿Qué es esto?

Las notas se hacían cada vez más perceptibles... Marsh se detuvo ante la puerta y los tres personajes encontráronse ante una escena que podía calificarse de verdaderamente extraordinaria.

De pie, frente al atril, una hermosísima muchacha, que no debía contar más allá de diez y ocho años de edad, arrancaba al violín de Pablo las más armoniosas de sus melodías, y en su bello semblante pintábase una emoción dulce y triste.

Marsh iba ya a aproximarse a la bella desconocida, cuya irrupción allí nadie podía explicarse, pero en aquel momento ocurrió otro episodio extraordinario que desvaneció las pocas dudas que pudiesen quedar a los habitantes de la quinta sobre las emociones que aquella noche les estaban reservadas.

Una de las ventanas del pasillo, que daban al patio, saltó en varios trozos y un grupo de policías de uniforme penetró en la estancia.

—¡Aquí está, aquí está! —dijo el que parecía servirles de guía.

—¿Quién? —interrogó el dramaturgo.

—¡Esa mujer! ¡La que iba con esos bribones!

—¿Qué bribones? —volvió a preguntar Pablo.

—Los que hemos detenido en el jardín.

La sorpresa de Marsh crecía por momentos.

—¿Han detenido ustedes a alguien en el jardín?

—Cinco individuos —contestó uno de los policías—. Venían a robarle las joyas, señor Marsh. Y esta joven, ¡iba con ellos!

La desconocida, que al verse descubierta por Marsh, había permanecido inmóvil por la sorpresa, se arrojó a los pies del dueño de la finca al oír aquellas palabras y sollozó:

—¡Perdón, señor Marsh, perdón! ¡Yo se lo explicaré todo!

Tal era el acento de sincero arrepentimiento y la simpatía natural de aquella muchachita que



Pablo sintió por ella una inmensa piedad y, cogiéndola suavemente por un brazo, la hizo levantar mientras decía:

—Está bien, pequeña, está bien... Sosíegate que no te pasará nada...

—¡Oh! —interrumpió uno de los agentes —. ¡Esta muchacha debe venir detenida con nosotros!

—¡No! ¡De ninguna manera! —protestó Pablo—. Esta muchacha se quedará aquí bajo nuestra custodia y asumiendo yo toda la responsabilidad de las consecuencias ulteriores que pudieran derivarse.

—Tendría que consultar a la Jefatura—observó el policía.

—No hace falta que consulte usted—contestó el dramaturgo—. Soy bastante amigo del Jefe para que me conceda esta petición. Mañana iré yo a verle.

—En este caso vamos a retirarnos, pues nuestros compañeros ya deben estar en la Jefatura con los detenidos... Buenas noches.

Los policías abandonaron la quinta.

Marsh cogió a la pequeña, la hizo sentar sobre un diván y le dijo:

—Es notable que vieniendo a robar te entretuviéras en tocar el violín... ¿Debe gustarte mucho la misiva, verdad?

—Mi difunto padre lo tocaba muy bien y me enseñó desde muy pequeñita... Ya les contaré a ustedes...

—Mañana, mañana—interrumpió Pablo—. Ahora estás fatigada y la emoción te trastorna. Te haré preparar una habitación y te retirarás a descansar... Adiós, pequeña...

Cuando el joven escritor hubo dejado el salón en donde se desarrollara la anterior escena, Jack Gordon le tocó el brazo.

—Ha hecho usted mal en quedarse aquí a esta muchacha. Por compasión que inspire es ladrona profesional y puede ocasionarnos serios disgustos. Sin contar con que mañana la reclamará la policía...

—Bien, veremos mañana lo que pasa, pero hoy la pequeña dormirá bajo este techo.

III

CUANDO, pasadas las emociones de la noche anterior, Pablo Marsh pudo escuchar la confesión de la bella desconocida, eran las diez de la mañana. Mister Stone, el juez de guardia, al principiar a instruir la causa por tentativa de robo a la finca del joven dramaturgo, quiso acudir allá en persona, puesto que de tiempo le eran conocidas las excelentes y cordiales relaciones que unían a aquel con el Jefe de Policía.

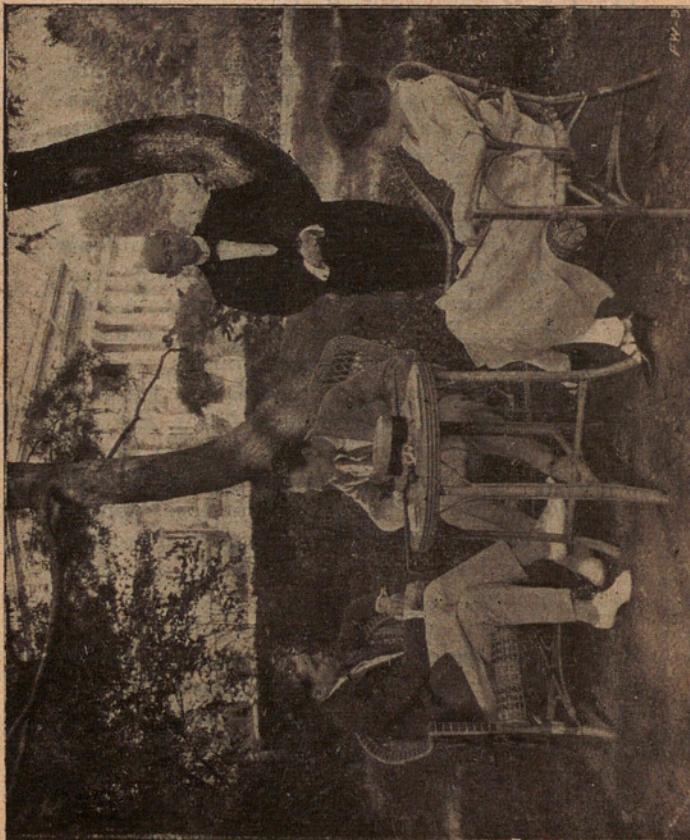
La muchacha justificó plenamente, con sus manifestaciones, su inocencia. Era canadiense y había abandonado, por razones de familia sobre las que no debió creer prudente extenderse, su pueblo natal, San Juan, trasladándose a los Estados Unidos. Pero la suerte no la había acompañado y una noche, falta de recursos, una mujer en cuya piedad y buenos sentimientos creyó desde los primeros momentos, la había llevado a su casa, que no era sino una guarida de ladrones y desde entonces, sufriendo toda suerte de martirios, había colaborado con aquellos malhechores en varias fechorías.

Convencido Mister Stone de la inocencia de la simpática canadiense, ofreció en seguida a

Marsh la único que podía hacer por su parte: archivar la causa y que la justicia no la molestara más. Pablo aceptó agradecido y encantado, prometiendo al juez rescatar aquella criatura a quien los acontecimientos habían puesto al borde del abismo y desde el día siguiente empezó a ocuparse de todos los detalles relativos a la educación de la muchacha.

Esto no fué nada difícil. La educanda tenía una intuición extraordinaria y un talento natural que le permitía asimilarse rápidamente cualquier ciencia. Poco o nada le pudo enseñar el profesor Reyles, su maestro de música, y la halló muy bien preparada el catedrático encargado de las asignaturas de filosofía y letras. Era una avecilla salvaje, pero de una simpatía que la hacía irresistiblemente atractiva, una avecilla que, poco a poco, iba domesticándose, aunque muy a menudo sostenía polémicas y altercados con sus profesores que Pablo había de cortar energicamente.

Para Marsh, solterón empedernido que nunca había pensado en buscar una compañera, la joven canadiense constituía su mayor distracción. Le gustaba observar paso a paso los progresos en sus estudios, sostenía con ella largas conversaciones sobre arte, historia, ciencias... Y cada vez la hallaba más inteligente y más propicia a adaptarse a cualquier medio. Una mañana que la sorprendió en el jardín recitando poesías, abrazada a la estatua de un fauno, el



Esta decisión fué comunicada a los dos novios.

escritor dramático no pudo contener una exclamación:

—¡Qué magnífica actriz haría esta muchacha! ¡Esta, esta sería la mujer ideal para interpretar mi heroína!

Y esta idea comenzó a dar vueltas pertinazmente en su cerebro...

IV

TODA la simpatía y la compasión que había inspirado la hermosa canadiense a Pablo trocábase, por lo que respecta a Jack Gordon, el prometido de Elsa, en aborrecimiento. Jack no la podía soportar e incluso parecía celoso de que su novia se condujera con la prometida de Pablo casi como una hermana. Se tuteaban y durante las horas que los estudios dejaban libres a aquella, iban siempre juntas.

—¿Has notado la profunda antipatía que tiene Jack por esta muchacha? —interrogó un día Marsh a su hermana.

—¿Antipatía? No... —repuso Elsa, queriendo disculpar a su amado—. ¡Son de un carácter tan diferente!

A la hora de comer, Pablo preguntó a la hermosa canadiense:

—¿Tú me dijiste que eres hija de un pueblo llamado San Juan, no?

—Sí, Pablo...

—¿No fué en San Juan que estuvo usted el verano pasado, cuando fué al Canadá, Jack?

El observador que en aquel momento hubiese fijado su atención en el prometido de

Elsa, hubiese notado el efecto desconcertante que produjeron en él aquellas, al parecer, infensivas palabras.

—Sí... Unos días...

—¿Unos días? ¡Más de dos meses! ¡Recuerdo perfectamente las tarjetas postales que llegaron de allá! ¡Más de cincuenta! A postal diaria...

—Sí, sí, es verdad, no me acordaba—rectificó Jack.

—Es extraño—siguió diciendo Pablo—, que no os conocierais, siendo el pueblo tan pequeño...

Y su mirada escrutadora posóse alternativamente sobre Gordon y sobre su protegida.

—¡Estaba fea, yo, aquel verano! —replicó con vivacidad la joven canadiense.

Marsh no insistió. Pero desde aquel momento adquirió la convicción de que algo que se escapaba a su perspicacia existía entre Jack Gordon y la muchacha que él había redimido del crimen y del vicio.

PABLO era lo suficiente psicólogo para hacer caer hábilmente a su hermosa protegida en la red de las confidencias y no tardó en hallar la ocasión para ello.

Fué una tarde en que todos se encontraban reunidos en el jardín. La muchacha, sin que nadie pudiese explicarse la causa, rompió súbitamente a llorar. Acosada a preguntas, acabó por confessar toda la historia que hasta entonces había mantenido secreta. Habitaba, tranquila y feliz, con su anciano padre, imposibilitado, y una hermana menor, llamada María, que estaba próxima a desposarse con Jaime, un muchacho formal y laborioso que, sin duda, la hubiese hecho feliz toda la vida. Pero al pueblo llegó un forastero que supo poner en juego añagazas y ardides que separaran a María de Jaime. Y el desconocido, después de seducirla, huyó. María, ante el cruel desengaño experimentado puso trágicamente fin a sus días y no fué sólo esta la víctima del infame seductor, sino también el padre, al conocer el drama, cayó enfermo para no levantarse más...

Marsh, Gordon y Elsa escucharon con interés la dolorosa narración.



—Entonces—dijo con voz grave—, usted no me guarda el menor agradecimiento.

—¿Y no tiene usted la menor orientación sobre ese miserable? —interrogó cuando la muchacha hubo terminado.

—No —contestó ella—. Sólo sé que se llamaba, o se hacía llamar, John Smith. Las señas personales que de él me dieron son tan vagas que lo mismo pueden ser las del señor Jack Gordon que...

Al oír pronunciar su nombre, el prometido de Elsa no pudo contener un ligero estremecimiento.

—...que las de usted, Pablo —terminó diciendo la hermosa canadiense.

— ¡Ah! ¡Si yo le encontrara! —exclamó Marsh—, le deshacía la cabeza de un tiro!

La presencia de una de las sirvientes que anunciaba que la mesa estaba dispuesta, puso fin a la conversación. Pero durante la cena, una reservada frialdad se adueño de los comensales y en el ambiente parecía flotar un algo misterioso que amenazaba la tranquilidad de todos...

* * *

—¡Pablo! ¡Pablo! —sollozaba inquieta Elsa, llamando a la puerta del dormitorio de su hermano—. ¡Levántate en seguida!

—¿Qué ocurre? —interrogó Marsh, lleno de ansia, y temeroso de que hubiese ocurrido alguna novedad.

Y, sin otra vestimenta que su pijama, saltó del lecho y abrió la puerta.

—He sorprendido a esa muchacha coqueteando con Jack. Estaban en el jardín... ella le sonreía... él le tenía cogida una mano...

En la frente de Pablo dibujáronse las arrugas de una preocupación extraña.

—No creo que eso tenga la trascendencia que tú te figuras, Elsa... Jack te quiere entrañablemente... Ese coqueteo no pasará de ser una nubecilla de verano... Anda, tranquilízate y seca tus lágrimas que todo se arreglará. Por lo demás, yo la veré a solas y ya aclararé lo que haya habido en realidad...

Elsa no parecía tranquilizarse con los argumentos de su hermano.

—Estoy segura que entre ellos dos media algo... ¡Y yo no puedo soportar que esa muchacha me robe mi amor!

—No seas así, Elsa —insistió Marsh—. Tú conoces el mundo muy poco y a cualquier cosa atribuyes mayor trascendencia de la que en realidad tiene... Mira, vístete, cogeremos el auto y nos iremos a almorzar al hotel. Eso te distraerá...

En el lujoso restaurant adonde Pablo condujo a su hermana, esperaba a ambos una sorpresa desagradable. No eran ellos solos los que buscaban distracción. Sentados ante una mesa próxima, Jack y la bella canadiense departían en un tono que no daba lugar a la menor duda.

VI

AL regresar a su casa, el laureado escritor había tomado definitivamente su determinación. Aquella muchacha no podía permanecer allí ni un día más. Consentir su presencia en la quinta, era comprometer para siempre la felicidad de Elsa y su propia tranquilidad. Esta decisión fué comunicada a los dos novios inmediatamente.

Pero él había hecho una promesa y tenía que cumplirla. Había, por así decirlo, adoptado a la muchacha y no podía volver atrás su palabra. La enviaría a un internado y, llegada a su mayor edad, la dejaría en libertad de acción para que obrara como creyera conveniente.

Cuando su protegida estuvo enterada de la decisión de Pablo rebelóse energicamente.

—¡Ah, no! ¡Yo no me conformo! ¡Sepa usted, además, señor Marsh, que yo iré adonde tenga por conveniente sin que nadie me lo estorbe!

Ante aquél brusco cambio de actitud, en ella que siempre se había mostrado dócil y sumisa, el escritor palideció.

—Entonces—dijo con voz grave—, usted no me guarda el menor agradecimiento por mi

manera de comportarme, arrancándola de las garras de la justicia y rehabilitándola... Este desengaño sí que no me lo esperaba, señorita...

—Perdone—repuso la bella canadiense sin inmutarse—, pero mi actitud no responde a la menor desconsideración hacia usted, Pablo. Lo único que hay es que de estar reconocida y agradecida, a tenerle miedo, media un abismo... y yo no puedo tenerle miedo, por la sencilla razón de que la persona a quien se ama, infunde respeto y cariño, pero terror ¡nunca!

Y la joven contemplaba a su protector con una mirada dulce y apasionada como nunca había visto Marsh en aquellos hermosos ojos...

La sorpresa que aquella declaración de amor produjo en el ánimo del dramaturgo fué extraordinaria. Retúvose, no obstante, en atención a las graves circunstancias que concurrían y, bajando el tono de su voz, murmuró, persuasivo:

—Bueno, bueno... Váyase a su cuarto y déjeme ahora, que tengo varias cosas que hacer... Pero comprenda que esos coqueteos con el novie de mi hermana son inconvenientes...

La muchacha obedeció, pero sólo momentáneamente, pues al cabo de un rato, una de las sirvientas fué a avisar a Marsh:

—Señorito, he sorprendido a la... a la... intrusa en el jardín, que daba una cita al señor Gordon.

—Está bien. No la pierda usted de vista e

impida, sea como sea, que salga de su cuarto esta noche. Y en cuanto venga el señorito Jack hágame el favor de avisarme. Puede retirarse.

Las recomendaciones de Pablo fueron inútiles. Cuando una hora más tarde quiso comprobar por él mismo si la muchacha continuaba en su cuarto como él había ordenado, la jaula estaba vacía y el pájaro había desaparecido.

VII

ENCIMA de la mesita de noche, una carta dirigida a Pablo y colocada bien visiblemente, confirmaba la fuga de la pequeña. Marsh rompió el sobre y la mayor angustia se apoderó de él al ver aparecer dentro del sobre una esquela y un retrato pequeño y descolorido en el que no tardó en descubrir la efigie de Jack Gordon.

La misiva era tan concreta como lacónica. Decía así.

"Esta fotografía es la única que pude conseguir del hombre a quien mi hermana conoció con el nombre de John Smith. La dejó abandonada en su huída. Pero hoy mismo pagará su deuda de sangre. Perdonadme."

Pablo estremecióse de horror. Llamó a Elsa y con infinitas precauciones explicóle que convenía ir a casa de su prometido, aunque sin revelarle el verdadero peligro que le amenazaba.

El auto les condujo allá en breves minutos. Sin anunciarles penetraron en la casa, cuya puerta estaba abierta. Desde el recibidor percibieron voces. Seguramente, eran Jack y la pequeña canadiense. Resueltamente, Pablo dirigióse hacia la estancia en donde se oía la conversación,

pero en el mismo momento que iba a empujar la puerta percibió distintamente unos gritos y el ruido de un cuerpo que cae pesadamente al suelo.

Rápido como el rayo, Marsh penetró en la habitación. Exánime, Jack yacía ante la muchacha que empuñaba un cuchillo.

La sorpresa que la aparición de su protector causó en la joven fué tan grande que, sin duda, arrepentida del crimen volvió el arma contra ella misma. Pero, Pablo con un ademán de felino supo detener su acción. Elsa, apoyada en una silla, lloraba amargamente...

—¡Déjeme! —gritaba la protegida del dramaturgo—. ¡Déjeme morir, ahora que he vendado a mi hermana! ¡Para qué quiere que viva!

Pablo permaneció silencioso. La tragedia le horrorizaba tanto que no sabía qué decir. La homicida elevó poco a poco sus brazos hacia él, cogióse de su cuello como implorando perdón, y después de contemplarle largo rato, murmuró:

—Si al menos usted me amase...

Una inmensa y sonora carcajada cortó su voz al propio tiempo que en el corredor resonaban los ecos de una gritería infernal. En la habitación irrumpió Jim Hood acompañado de un porción de actores del Teatro Imperial mientras Jack Gordon, sano y salvo se levantaba y empezaba a bailar y a saltar como si se hubiese vuelto loco. Elsa había secado sus lágrimas.



Y la joven contemplaba a su protector con una mirada dulce y apasionada,

mas y unía sus risas, sus gritos y sus palmoteos a aquella desenfrenada manifestación de júbilo.

—¡Pero qué esto esto!—exclamó Marsh en el paroxismo de la sorpresa, abrigando con fundados motivos el temor de que hubiese perdido el juicio.

—Esto—repuso Jim Hood— es una comedia nueva de la que soy autor y que lleva por título “La muchacha del pijama o el muerto que resucita”.

Y cogiendo de la mano a la protegida de Pablo, siguió diciendo:

—¡Señor Marsh, tengo el honor de presentar a usted a la señorita Billie Mayo, la muchacha del pijama rosa del VARIETES!

—Entonces, todo esto...

—Todo esto ha sido una comedia que yo, con la amable cooperación de Elsa y de Jack, he urdido para convencer a usted de que mi recomendada reunión las condiciones apetecidas para la interpretación del papel de protagonista de su drama, señor Marsh... Espero que usted, ahora, rectificará.

—Será usted la protagonista no sólo de este drama—repuso Pablo—, sino de todos los que yo escriba en lo sucesivo.

—¿Nada más?—interrogó Billie—. Yo esperaba otra cosa...

—¿Qué?

—Su colaboración de usted. Trabajando am-

bos en colaboración produciríamos cosas admirables...

—¡Ya lo creo!—exclamó Jim, triunfante—. ¡Dentro de veinte años, toda una generación de autores y actores de ambos sexos.

11.000 ejemplares

Se paga anticipando los modelos

A V I S O

A NUESTROS CORRESPONSALES :

Reimprimiendo constantemente esta Editorial los títulos de los números que se agotan, serviremos todos aquellos pedidos que nos pasen nuestros correspondentes al ser proyectadas las películas en su localidad.

